

J. C. Abril, *En busca de una pausa*, Valencia, Pre-Textos, 2020, 87 pp.

En busca de una pausa es un poemario en el que Juan Carlos Abril (Los Villares, Jaén, 1974) se detiene en reflexionar con la perspectiva del ecuador de su existencia y con el espíritu de aquel que aún se siente dueño del viejo fuego juvenil, como nos advierte en la cita inicial de Pier Paolo Pasolini. En 2020, además, se ha editado una segunda edición, lo cual no suele ser habitual en libros de poesía, añadiendo el poema “Bandera blanca” a la sección “Esperar es un camino”, que abordaremos en seguida. En general, los textos están escritos bajo un enfoque en el que se alterna el uso de la primera persona, a la hora de confesar la complejidad de lo vivido, y una segunda persona que, con cercanía, analiza, concluye y lamenta.

El libro consta de diecinueve poemas estructurados en cinco partes, en las que la última contiene un solo poema final, “Ave Félix”, a modo de epílogo.

La primera parte, “Aunque sea para vivir”, comienza con “Exilio involuntario”, significativo título que ya nos pone sobre la pista de la compleja situación que da pie a la temática de libro, sin que pueda llegar a considerarse un poema pórtico.

Desde las primeras páginas, las palabras son un elemento de gran protagonismo a las que se reconocen torpes e insuficientes para la vida y motivo de contaminación de la pureza primitiva, incluso bajo el amparo de los rincones y la felicidad de la isla desierta, aún en el exilio donde siguen enquistados la noche y el subsuelo.

En esta encrucijada, “A veces / es más difícil aceptar ayuda / que ofrecerla”, se hace necesario recuperar los sueños que permanecen intactos y reivindicar esa “nostalgia del futuro”, “porque una causa justa / nunca fue suficiente”.

En “Vivir aquí”, a través de una serie de rodeos, perforaciones y secuencias, el personaje poético se siente dueño de su soledad y su secreto, en un insomnio de reflexiones en las que es consciente de que “Donde habita / la voluntad hay un camino”. Deshacer este nudo en que se vive, requiere mejorar usando el bisturí de la autocrítica, sabiendo que “la perfección / exige más que voluntad, memoria”.

La segunda parte, “De amicitia”, aborda como hilo conductor la temática de la amistad. Se inicia con el poema “La nave no va”, en el que, con una simbología marinera, el personaje poético renuncia a aquellos círculos en los que confiaban los “crédulos”. Convencido de que “La vida, me decían, es muy simple, / pero el complejo era yo”, el personaje poético reconoce: “y ya no pertenezco a aquel lugar / y ya no quiero ser de ningún otro”.

En “Un moderno dragón”, el poeta se exige valor en el tren que atraviesa las fronteras de lo solitario en busca del “mito / de la amistad”, porque “carácter es destino”.

“Todavía / es de noche” se nos dice en el poema “Sobre la herida”, donde el poeta nos regala poderosas y bellas imágenes como “Resina que se ha vuelto costra” o “sed que no ha conocido el agua”. En medio de un lenguaje reflexivo y abstracto, las apelaciones a la resistencia salpican las estrofas porque “para encontrar algo hay que perderlo” y, a pesar de una “entrega destructora”, “tienes que sobrevivir”. Termina esta parte bajo la complejidad de una “Causa perdida”, poema en el que, a pesar de todo, se anuncia la redentora promesa de que “vas a llegar a ser un niño”.

La tercera parte, que gira sobre una temática amorosa, toma el título del largo poema final, en el que se nos ofrece a modo de salida aquello de que “Esperar es un camino”. En “Los últimos días” se vuelve la vista atrás en un recuerdo en el que sobre el placer y la inocencia se iban forjando ya las nubes del dolor y “los colmillos / recortados / de la necesidad”. Como en el anterior, siguen apareciendo, intercalados en un léxico abstracto, sustantivos más físicos y sensoriales en esa mirada a la memoria que lleva por título “Palimpsesto”. El contradictorio recuerdo de las primeras relaciones lleva incluso a sorprendernos, por poco frecuente, con un tono más lírico en las estrofas finales. “Lejos del sur”, el sujeto poético intenta hacer posible lo imposible en “Pan de ayer”. Entre “franjas de sombra y arcos claros” se relata la memoria de las veces que “las cartas” del ayer se perdieron sin que, con “Memoria alpina”, esto le anule el deseo de volver a “donde pueda leer mi historia”.

Con un homenaje intertextual a José Ángel Valente, abre y cierra el poema “Devolución”. “Cruzo un desierto y su secreta / desolación sin nombre”, versos definitorios para aquel que dice tener la “habilidad / para vivir / demasiado de prisa” y en los que reconoce: “te devuelvo la caja de Pandora”; aunque en esa caja, como en ese amanecer, solo quede ceniza, “ceniza a modo de esperanza”.

Este apartado termina con esa retrospectiva tropical, ese meridiano en el que “la luz no se puede traducir” que lleva por título “Esperar es un camino”. A pesar de haber quedado todo en un “Guion de un mundo sin aniversario / donde no hay tristeza / sino desilusión”, al final se nos anima con un “Concédete permiso / para esperar. Es un camino. / Y echar de menos / una obsesión para los melancólicos”.

La cuarta parte, “La cicatriz del ruido”, se organiza en torno a capítulos del pasado. En ella se agrupan siete poemas que son una suerte de ajuste de cuentas del autor con su propia vida, poemas todos con un tono no distinto al del resto del libro y pergeñados bajo un discurso sinuoso e intrincado, donde el equilibrista de la contradicción navega el ruido de fondo de su universo orillando márgenes rayanos al hermetismo.

Como se apunta en “El don de la ingenuidad”, estos versos son “incapaces de desprenderse / del pasado”. A él vuelven una y otra vez conscientes de que existen muchas maneras de hacerse daño y de que “la melancolía de las fuentes / posee menos memoria / que sentido común”.

“Quién soy yo”, “Quién era aquel” son las lindes entre las que bascula el discurso poético en “Por un atajo”, los mismos extremos que había que soliviantar

“Para escapar” de los que amenazaban “con argumentos generosamente absurdos”. “Nadie perdona a nadie”, “¡Despierta al otro que hay en ti! / Aunque no esté de moda”.

El poema “Mi vida” se abre con una de las claves para entender este apartado: “Puse mi fe en el ruido / y en una vida sin milagros”. Con otra actitud, en “Consejo”, por primera vez, el sujeto poético se atreve a proponer, “como si fueras a escucharme”, desde la legitimidad que dan los senderos transitados en común. El poeta le habla a su hijo como el que se habla a sí mismo, sugiere eludir la nostalgia y leer entre líneas sin aferrarse a los análisis. Al fin y al cabo, “En eso puede consistir la vida: / aprender a soñar, a despedirse”.

“En el camino inverso que recorres / del nosotros al yo” habrá que ir recuperando los sueños, como se nos dice en “Desaprender”. El apartado cierra con el poema “Arpa al rescate”, donde aparecen imágenes poderosas como ese farolillo rojo con el que se atraviesa el viejo continente para buscar la música, o esa otra de “la vela / consumiéndose / en el misterio de su soledad”, o la de aquel árbol “con las raíces al aire”.

La parte última, “Vuelta”, solo contiene el poema “Ave Félix”. En él, se nos confiesa que el mañana es la esperanza y el pasado un lugar al que no se quiere volver: “Mañana no querré pensar en ti”. Para el sujeto poético ha llegado la hora de ir “desempolvando ahora / la memoria, desocupándola / para empezar un nuevo viaje”. El poemario, al fin y al cabo, habrá servido de catarsis para eso, para ir abriendo el futuro a costa de desandar el pasado.

Juan Carlos Abril, con un difícil equilibrio (rayano con lo hermético) entre las contradicciones que polarizan y dan fuerza a su mensaje, presenta un nuevo libro de largos poemas que buscan aire para protegerse de su profundidad, respiraderos que consigue con sus cortas estrofas elaboradas con versos de una métrica muy cuidada en la que llama la atención la abundancia de enneasílabos; versos depurados y concisos, sentenciosos, casi aforísticos a veces, entre los que destaco: “Los actos nos definen”, “Quien el rencor habita / todo le deben”, “la perfección exige / más que voluntad, memoria”, “para encontrar algo hay que perderlo”, “Nos hacen únicos las imperfecciones”.

No quisiera dejar de resaltar el hecho de que, con un léxico en el que predominan los conceptos abstractos sobre los físicos y sensoriales, el poeta hace un uso destacado de una terminología lingüística, con palabras como narrativa, manuscritos, etimológica, hiato, subordinación, conectores, predicado, sintaxis y un largo etcétera.

En busca de una pausa es un título que resume perfectamente el contenido de un conjunto de poemas que, con gran coherencia interna, abordan un terapéutico paréntesis para la reflexión, un alto en el otero de los cuarenta con la perspectiva de un intenso periplo, en el que el personaje poético se encuentra en la encrucijada de un pasado que no deja de desestabilizar y un futuro que no termina de construirse.

Salvador García Ramírez